

1

Jugadoras fantasma



—Yyyy... ¡quince! —anunció Vicky, subrayando el último nombre de su lista.

Sara la contempló admirada.

—¿Cómo lo has conseguido? ¡Si ayer sólo éramos once!

Vicky se tocó la nariz con la caperuza del bolígrafo con aire conspirador.

—Las cuatro nuevas son «jugadoras virtuales».

—¿Eso quiere decir que no son reales o que las has apuntado sin su permiso? —quiso saber Sara, dando un mordisco a su bocadillo.

—Ni lo uno ni lo otro. Significa que nos dejan poner su nombre en la lista y rellenar los papeles con sus datos para que seamos suficientes, pero no están de verdad en el equipo: no saben jugar y no piensan venir a entrenar ni a los partidos. Son

sólo nombres sobre el papel para cumplir el cupo. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, claro. Lo que yo llamo «jugadoras fantasma», vamos.

Sara se quedó pensativa un momento mientras mordisqueaba lo que le quedaba del almuerzo. Les quedaban sólo dos días de plazo para apuntar a su equipo de fútbol femenino, las Goleadoras, en la liga interescolar. Gracias a la diligencia de Vicky, su mejor amiga y una experta en organizar cualquier cosa, parecía que habían superado el primer escollo: reunir a quince jugadoras para el equipo. Hasta entonces habían contado solamente con once, y las normas especificaban que quince era el número mínimo. Pero aún necesitaban más cosas: un entrenador, equipación y la posibilidad de utilizar el material del colegio, tanto los balones como el campo. A pesar de que habían luchado mucho por este último derecho, la verdad era que lo de poder entrenar en el colegio ya no les importaba demasiado: hacía semanas que jugaban en un solar que habían arreglado como campo de entrenamiento y al que le habían cogido cariño. Por lo de la equipación tampoco debían preocuparse porque, ahora que el director las apoyaba, el colegio se encargaría de ello, igual que había costeado las camisetas de los Halcones, el equipo masculino. Pero sí necesitaban un entrenador; el padre de Sara, que había sido futbolista profesional en su juventud, le había dicho que él se ocuparía de eso. Pero pasaban los días y no había noticias. Y, de la misma manera que necesitaban poner los nombres de quince jugadoras en los papeles de inscripción, también se les exigía que tuviesen un entrenador.

—«Un adulto responsable» —masculló Sara para sí misma, algo molesta—. Como si no hubiésemos demostrado ya que somos responsables y que nos las arreglamos muy bien solas.

Vicky estaba acostumbrada a las rarezas de su amiga, que solía abstraerse con frecuencia: a veces hablaba sola o fantaseaba con los ojos abiertos.

—¿Todavía no te ha dicho nada tu padre, Sara? —adivinó.

Ella volvió a la realidad.

—No —gruñó—, y mira que le dije que el plazo se acababa ya. Pero como es tan despistado...

—Bueno, bueno, que no cunda el pánico —dijo Vicky, ajustándose las gafas—. Yo tengo preparados todos los papeles, he rellenado los formularios...

—... Eso que en teoría debía hacer nuestro teórico entrenador...

—... Y sólo falta añadir los datos de nuestro «adulto responsable». —Miró a Sara—. No sé cómo lo ves, pero si mañana a mediodía no tenemos entrenador, ponemos a tu padre y ya está.

Sara suspiró. Abrió la boca para decir algo, pero luego lo pensó mejor y, en su lugar, suspiró otra vez. Quería mucho a Germán, su padre, pero él ya había intentado entrenarlas en una ocasión, antes del emocionante partido contra los Halcones, y la cosa no había salido bien. Era un asunto que a Sara no le gustaba recordar, y por eso no lo mencionó cuando respondió a Vicky:

—Mi padre trabaja todo el día y sólo podría entrenarnos los fines de semana.

—Ya lo sé; lo que quería decir es que podríamos ponerlo a él de «entrenador virtual»... o «fantasma», como dices tú.

—Pero entonces, ¿estás diciendo que nos las arreglemos toda la temporada sin entrenador?

Vicky lanzó un suspiro muy teatral.

—No, yo quiero que tengamos un entrenador porque así aprenderemos más cosas y mejoraremos más rápido, pero si no lo tenemos...

—Entiendo —asintió Sara.

No pudieron seguir hablando porque sonó el timbre que indicaba el final del recreo. En el camino de vuelta a clase se cruzaron con algunas de las chicas del equipo.

—¿Cómo va esa lista? —preguntó Carla, la portera, saltando para mirar por encima del hombro de Vicky—. ¡Eh, si ya somos quince! —Y chocó las palmas con Eva, que lanzó un «¡Hurra!» que se oyó por todo el pasillo.

Sara y Vicky sonrieron y cruzaron una mirada.

—Mejor les decimos mañana lo del entrenador —susurró Sara al oído de su amiga.

—Hay otra cosa que me preocupa —dijo Vicky cuando las dos entraban ya en su clase—. ¿Has hablado con Julia? Recuerda que dijo que se iría del equipo después del partido contra los chicos.

Sara comprendió lo que su amiga quería decir. Julia era una de sus mejores jugadoras, pero también era tremendamente tímida y odiaba tener que jugar delante de mucha gente. El partido contra los Halcones había supuesto para ella una dura prueba que no estaba dispuesta a pasar por segunda vez.

—Pero acordamos que se quedaría en el equipo y jugaría

sólo un ratito cada partido —le recordó a Vicky mientras las dos se sentaban en sus asientos y sacaban los libros de inglés—, y así se le iría quitando el miedo escénico y... ¡anda! —dijo de pronto, cayendo en la cuenta—. Aunque seamos quince, si cuatro son «jugadoras fantasma», ninguna de las otras puede quedarse en el banquillo en un partido.

Una inquietante imagen acudió a su mente...

Las Goleadoras están a punto de comenzar un partido, pero les falta una. Sara mira a un lado y a otro, inquieta.

—¿Dónde está Julia? —le pregunta a Vicky.

—Se ha escondido porque no quiere jugar.

—¿Cómo que no quiere jugar? —se enfada Sara—. Pues ¡tiene que hacerlo!

Se vuelve hacia la banda, donde la rubia coleta de Julia asoma por debajo del banquillo.

—¡Julia, sal de ahí inmediatamente! —ordena.

—¡No quiero, tengo miedo!

—¿De qué tienes miedo, si puede saberse?

De pronto, ve a cuatro espectros que flotan sobre el banquillo.

—Sooomos las jugadoras fantaaaaasmaaaa —canturrean—. Veniiiiimos a jugar este partiido...

—Vosotras no podéis jugar —objeta Sara, un poco nerviosa—. ¡Sois fantasmas!

—Pero estaaaaamos en la liiiiistaaaa, así que podemos jugaaar —responden ellas.

—Eso es técnicamente cierto —interviene Vicky—, pero, aunque no juegue Julia, vosotras sois cuatro, y sólo tenemos un puesto libre.

Las chicas fantasma sonríen de forma escalofriante cuando miran a las Goleadoras y dicen:

—Eso se pueeeede arreglaaar....

Sara sacudió la cabeza, con el corazón latiéndole con fuerza, para alejar de su mente la escena que acababa de imaginar. Mientras, Vicky seguía hablando, sin darse cuenta de que su amiga se había puesto pálida de pronto.

—... O encontramos a alguien que la sustituya *de verdad*, o Julia tendrá que jugar de principio a fin. Y eso no le va a gustar.

Sara trató de centrarse en lo que estaba diciendo Vicky. Intentó imaginarse (sin fantasmas de por medio) qué diría Julia cuando se enterase de que tendría que jugar de titular.

—No, no le va a gustar —coincidió.

Pasó el resto del día, y también la tarde, y no hubo novedades. Sara preguntó a su padre por el asunto del entrenador, y él le respondió muy misteriosamente que ya había movido algunos hilos. Vicky, por su parte, buscó por todo el colegio a más chicas dispuestas a apuntarse al equipo. El resultado no fue tan catastrófico como la primera vez que lo habían intentado, casi un par de meses atrás (¡parecía que había pasado una eternidad desde aquellos primeros días!). Entonces, apuntarse al equipo de fútbol femenino no era guay, y Sara y Vicky habían

sudado mucho para reunir, con mucho esfuerzo, a las once jugadoras que tiempo después habían desafiado a los Halcones. Pero aquel partido no había sido tan desastroso para las Goleadoras como todos habían pensado en un principio, y el equipo femenino de fútbol había pasado de verse como una excentricidad a ser reconocido y aclamado en todo el colegio. Sin embargo, eso no bastaba para reunir a más gente. Era verdad que las otras chicas ya no las miraban con antipatía, pero ninguna estaba dispuesta a sacrificar su tiempo libre para aprender a jugar al fútbol, y mucho menos, a madrugar los sábados para ir a los partidos.

Al día siguiente, Vicky pasó de sentirse un poco preocupada a estar absolutamente histérica.

—¡El plazo expira mañana, el plazo expira mañana! —le chilló a Sara, zarandeándola, nada más llegar al colegio—. ¡Y no tenemos entrenador! ¡Ni una sustituta para Julia! ¡Por lo que más quieras, dime que tu padre te ha dicho algo!

—Pues... no mucho —pudo responder ella, aturdida.

A Vicky casi le dio un ataque de nervios.

—¡No puede ser que hayamos llegado tan lejos y vayamos a quedarnos fuera sólo porque yo no puedo rellenar un par de casillas en el formulario!

—Eh, vale ya, tranquila —trató de calmarla Sara, quitándose la de encima—. Lo de Julia ya lo arreglaremos más adelante. Lo del entrenador... pues mira, ponemos los datos de mi padre y ya está, qué le vamos a hacer.

—¡Muy bien! —asintió Vicky con voz aguda, y sacó un fajo de folios de su carpeta y un bolígrafo del bolsillo de la mochila—. ¡Dime el DNI de tu padre!

Sara abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Esto... no me lo sé —confesó, poniéndose colorada.

—¡Pero, Sara, te dije que necesito una fotocopia de su DNI! —casi chilló Vicky—. ¡Tráemela esta tarde o estamos perdidas!

Sara asintió, un poco asustada. Cierto, Vicky era buena organizando cosas, pero a veces se lo tomaba... demasiado en serio.

Por suerte para ellas y para el resto del equipo, a media mañana pasó algo que solucionó las cosas, al menos en parte. En medio de la clase de lengua entró un alumno de cuarto y le dijo algo a Pedro, el profesor, en voz baja. Vicky, que solía estar atenta en clase —no porque Pedro fuese su padre, sino porque ella siempre prestaba atención en todas las clases de todos los profesores—, oyó por casualidad un fragmento de la conversación.

—¿Beatriz y Susana? —preguntaba Pedro, confundido—. En esta clase no hay ninguna alumna con esos nombres.

El chico de cuarto se encogió de hombros.

—Es lo que me ha dicho el director. Que Beatriz y Susana, las del equipo de fútbol, tenían que ir a su despacho...

Vicky se puso en pie de un salto.

—Somos nosotras —dijo, levantando en el aire la mano de Sara, que dio un respingo, muy sorprendida—. Es que don Leopoldo nunca se acuerda de nuestros nombres.

Hubo algunas risitas en la clase. En realidad, don Leopoldo, el director, nunca se acordaba del nombre de nadie.

—Está claro que «las del equipo de fútbol» sólo podéis ser vosotras —dijo Pedro con resignación—. Anda, id a su despacho, que quiere veros.

—Gracias, profe. —Vicky nunca llamaba a Pedro «papá» en clase porque no quería que se supiera que ella era la hija del profesor de lengua.

Sara y Vicky salieron del aula y se dirigieron al despacho del director. Durante todo el camino, Vicky no dejó de farfullar:

—Que sea un entrenador, que sea un entrenador...

Sus deseos fueron escuchados: cuando entraron en el despacho del director vieron que lo acompañaba un joven que les resultó familiar.

—¡David! —exclamó Sara, muy contenta.

—¿David? —repitió Vicky extrañada.

—¿Os conocáis? —se asombró don Leopoldo.

Sara y David cruzaron una sonrisa de complicidad. Se habían conocido durante el partido contra los Halcones, cuando él se había acercado a las chicas en el descanso para ejercer de entrenador improvisado.

—Nos ayudó el día del partido —dijo Vicky con prudencia; miró de reojo a David antes de preguntar al director—. ¿Es... nuestro nuevo entrenador?

—De eso estábamos hablando —dijo don Leopoldo—, y por eso os he hecho llamar. Este joven dice que entiende algo de fútbol y que lo ha mandado tu padre, Susana.

—Sara —corrigió ella automáticamente, reprimiendo una risita—. ¿Mi padre? —repitió entonces, al procesar lo que había dicho el director.

—Juego al fútbol desde que era un crío —explicó David—. Llegué a estar en el equipo juvenil de un club profesional, pero me lesioné, perdí la temporada y ahora juego en el equipo de mi universidad. Tu padre se encargó de mi rehabilitación, Sara; gracias a él, la lesión no fue a peor y pude volver a jugar, así que le debo una. Fue él quien me invitó a ver vuestro partido el sábado pasado, y luego me sugirió que me pasara a hablar con el director porque necesitabais un entrenador.

Sara se quedó con la boca abierta.

—¡Qué callado se lo tenía! —comentó.

—Sí, ¡con lo que hemos sufrido pensando que no teníamos entrenador! —suspiró Vicky.

—Bueno, es que hasta hoy no he tenido claro que pudiera entrenaros —dijo David—. Tengo que compaginar las clases en la universidad con los entrenamientos de mi equipo; pero creo que podré haceros un hueco, si estáis de acuerdo.

—Bueno... —empezó Vicky, pero Sara la cortó:

—¡Sí, sí, sí! ¿Cuándo empezamos?

—Con calma, jóvenes —intervino don Leopoldo—. Aún tenemos papeleo que hacer.

—Hablando de papeleo —recordó Vicky—, si vas a ser nuestro entrenador, necesitamos tus datos para los impresos de inscripción...

—Ah, la liga interescolar, claro —asintió David—. Casualmente tengo que pasarme por la federación esta tarde; yo mismo puedo llevar los papeles.

Vicky lo miró con cierta desconfianza.

—Pero hasta ahora nos hemos ocupado nosotras...

—Pues por eso: es tarea del entrenador. Vosotras tenéis que preocuparos sólo de jugar, de entrenar y de aprender.

La sonrisa de Sara se ensanchó. Las palabras de David le sonaban a música celestial. ¡Eso era exactamente lo que ella quería! Jugar al fútbol sin preocuparse por cosas tales como los balones, el campo, los horarios o la equipación.

Pero Vicky aún parecía reticente.

—Es que me he dejado los formularios en clase...

—Vuestro nuevo entrenador aún tiene que resolver unos asuntos conmigo y después en secretaría —dijo el director—, pero podéis quedar con él por la tarde y dejar todo el papeleo en sus manos, que para eso está aquí.

Sara juzgó que era buena idea, y Vicky se encogió de hombros y se rindió. Quedaron con David en la puerta del colegio, cuando acabaran las clases de la tarde.

—¿Qué es lo que te pasa? —quiso saber Sara, un poco molesta, cuando las dos regresaban ya a su aula—. ¿No quieres que sea nuestro entrenador?

—Es que casi no lo conocemos...

—Mi padre lo conoce, y eso debería bastar, ¿no? Además, como tú misma no has parado de recordarme todo el día, el plazo de inscripción se acaba mañana. No tenemos muchas opciones.

—Eso es verdad —suspiró Vicky—. Es que he pasado demasiado tiempo ocupándome yo de estas cosas y me cuesta... delegar en otra persona. ¿Y si se olvida de ir a la federación esta tarde? ¿Y si no rellena bien el impreso? ¿Y si...?

—En serio, Vicky, a veces agobias —cortó Sara al ver que su amiga empezaba a ponerse nerviosa otra vez.